

- Recibirá mil doblones
- Para recuerdo de la honra,
- Conque olvidarte procura
- De que yo soy la persona
- Que irá á cenar, y no olvides
- Que el amigo será un momia,
- Que tú serás quien nos sirva,
- Y que por cuenta redonda
- Bien te dará cien doblones
- Quien la da doscientas onzas. •

Y así acabando Don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo :
• Hasta mañana á estas horas.

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso Don Juan
Se hundía como una sombra :
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y alrededor de una mesa
De viandas exquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre Don Gonzalo
Y Don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para Don Juan risueña.

Es la tal una hermosa, ^{allegria}
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra,
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia ;
Que perla y coral con arte
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay sirena
Ni de voz más seductora.
Ni en los encantos más diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa ;
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas,
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piecitos
Tan menudos que, á no verla,
Usarlos tan fácilmente
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos

Sin peligro se mantengan.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega ;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no erais ?

D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al són de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

Sirena. ¿Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas ?

D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compráran mis monedas.

Sirena. Quiere decir que de dós
Mal os salió una experiencia.

D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

Sirena. Pero ella saltó por una.

D. Juan. Pero en otra quedó presa

Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues que en una huba maña,
Y en la otra maña y fuerza.

Sirena. Quiere decir....

D. Juan. Te equivocas,
La interpretacion es ésta :

Si en las redes del amor

Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia ;
Pero á la fuerza rendida,
Sin más azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y ésta es la interpretacion
Del hechos y la diferencia
De amor que gana y estima,
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose

La bailarina la lengua,
Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.

D. Juan. Y vos excelente pieza.

Sirena. ¿Siguerais mucho la pista ?

D. Juan. Hasta hallar la madriguera.

Sirena. ¿Y si era falsa la boca ?

D. Juan. Yo atinára con la cierta.

Sirena. ¿Y si salir no queria ?

D. Juan. Yo me pondria en espera.

Sirena. ¿Por empeño ?

D. Juan. Por empeño.

Sirena. ¿Y durára ?

D. Juan. Hasta cogerla.

Sirena. Figuraos pues que asoma.

D. Juan. Me preparo.

Sirena. ¿Y si se entrega?

D. Juan. Tiendo la mano y la cojo.

Sirena. ¿Y si muerde?

D. Juan. Norabuena:

Sóbrame á mí mucha maña:

Y al cabo se hará doméstica.

Sirena. Brindad pues y olvidad eso.

D. Juan. ¡A su orgullo!

Sirena. ¡A su obediencia!

D. Juan. Espera, ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?

Sirena. El amor está vencido.

D. Juan. ¿Y la encantadora?

Sirena. Muerta.

D. Juan. En ese caso, alma mía,
Brindemos y echarlo tierra,

Brindaron ambos á un tiempo,

Y las amistades hechas,

Mas estrepitosa y franca,

A ser empezó la fiesta.

Bebe Don Juan sin cuidado,

Que el vino jamas le altera;

Bebe Don Gonzalo poco,

Mas se turba su cabeza,

Y sus manos hondos secretos.

Sin rebozo manifiesta,

Que el daño de los licores

Por la alegría comienza.

Crujen los brindis sin número,

Crece la orgia sin reserva

Y ya ni voces ocultas

Ni pensamientos se dejan.

De amor y placer se trata,

Y entre el són de las botellas

Crujen los besos perdidos

Y los requiebros penetran.

De amor loco está Don Juan,

Prendada de él está ella,

Don Gonzalo bebe y toma

La callada por respuesta.

Don Juan improvisa y canta,

Y al compas de su vihuela

Gira en danza voluptuosa

La bellissima Sirena,

Y en su sillón Don Gonzalo,

Sentado y tendido á medias,

Como una sombra fantástica

Embebido la contempla.

Ella, sutil como el aire

Y como el aire ligera,

Gira enredor, pasa y huye

Como aparicion risueña,

Flota su falda plegada,

Sus cabellos se destrenzan,

Radian sus ojos ardientes

Luz más viva á cada vuelta,

Y cuanto del baile rápido

Más los círculos estrecha,

Más los mágicos hechizos

De sus perfecciones muestra:

Y el velo con que sus manos

Primorosamente juegan

La variedad de sus formas

Y sus encantos aumenta.

Y segun rápidamente

Le recoge ó le despliega,

Le anuda, enlaza y con él,

O se cubre, ó se rodea,

La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante;
Ya una Vénus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta.
Y su flotante figura
En el ambiente desecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusión que vuela,
Sobre el rumor que producir
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden,
A merced del aire sueltas,
Cuando en los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ello nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobro un almohadon se sienta,
Más seductora que nunca
Y más que nunca halagüeña.
Y mientras Don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude,
Trastornada la cabeza.
« Bravo, exclamó, sólo falta
Margarita. » — A cuya necia
Exclamacion levántóse

Como una tigre Sirena,
Y con Don Juan encarándose,
Desencajada y colérica,
« ¿Quién es esa Margarita? »
Le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto Don Juan,
Sin acertar la imprudencia,
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza,
Les añadió por respuesta:
« ¡A fe que es linda muchacha!
• Y ahora que se me acuerda,
• Pues en casa estará sola
• Su compañía me peta. »
Y asíó su capa esto dicho,
Corroborando la idea.
« Gonzalo, exclamó Don Juan,
A no mirar que la lengua
Os estorpece el Jerez,
Ya os encontrarais sin ella.
— Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido, como prenda antigua,
Para tomarla licencia.
— Eso sí, si la pedis,
Lleváosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
— ¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Sólo por recuerdo de ella

Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?

— A Palencia

Y á las monjas de Jesus
De donde es.

— ¡Jesus mé tenga!

— ¡Calla! ¿qué os da, Don Gonzalo?

— Decidme por vida vuestra,
Don Juan, ¿cuál es su apellido?

— Cosa, Don Gonzalo, es esa
Que jamas la he preguntado.

Mas ¡vote va!... ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?

— Sí.

— Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra,

Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.

Siguióla Don Juan á poco,
Diciendo: «¡Cosa como ella!»

¿Quién demonios lo pensára?
Pero, en fin, ya es cosa hecha.

Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, miéntras

De Don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.

El vapor al fin de la orgía
Disipado con la fuerza

De su deshonor, arrojóse,
Sobre Don Juan con fiereza,

Mas sentóle éste los puños
En el pecho, y con la mesa,

La lámpara y la vajilla

Vino Don Gonzalo á tierra.

La bailarina se puso

Por medio de ellos resuelta,

Diciendo á tiempo: « ¡Señores,

Que están en mi casa vean!

— Don Juan; á la calle vamos.

— Vamos, Don Gonzalo, fuera,

Que es cosa que ya no tiene

Mejor compostura que esa.

Alborotóse la casa,

Hubo lágrimas y quejas,

Y el aposento asaltaron

Los pajes y las doncellas.

Mas Don Juan les tuvo á raya,

Añadiendo con firmeza:

« ¡Atras, canalla, y silencio!

Y tú, amiga, ten paciencia,

Que como escape con vida,

Volveré cuanto ántes pueda.

— Si sois valiente, Don Juan,

Cuando gustéis dad la vuelta.

— Advierte que no te pido

Ni consejos ni licencia,

Que yo te sigo la pista

Por voluntad ó por fuerza.

— Pues volved sin compañía

Y encerrad á la manceba.

— Ten esa lengua de vibora

Y no te pases en cuenta,

Que de rendirse á venderse

Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo Don Juan,

Tiró un bolsillo en la mesa,

Y dejó el puesto encajándose

El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche ; en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba,
Y Margarita en soledad lloraba.
La ausencia de Don Juan, que no venía.
Entreabierta tenía su ventana.
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera
Y al conservado fuego se enjugára,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurára,
Mas en vano á la reja se acercára,
Al percibir pisadas acudía,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con ansia tendía,
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando,
Pasar bajo su reja los veía,
Mas de ella á largos pasos se alejaban,
Y con ellos Don Juan nunca venía.
Hundida la infeliz en su abandono,
Suspiraba de amor por quien la olvidó,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡ Ay pobre Margarita ! Tú sentada

Bajo la reja espesa
Aguardas á Don Juan desesperada,
De dolorosos pensamientos presa ;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡ Y ojalá no volviera, desdichada !
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos más precipitados,
Y más cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
« Él es, » dijo bajando, y no mentía,
Que era en verdad Don Juan el que venía.
Él era, sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilán sangriento.
« ¡ Dios mio ! » dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita,
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada,
Y la puerta tras ella asegurando,
« Traéis sangre, Don Juan, » dijo aterrada,
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego,

Diciendo con acento decidido :

• Margarita, á la aurora
Es preciso partir,

— Dónde?

— Lo ignoro,

Abandonar la córte por ahora
Es lo esencial no más ; en esta casa
No es posible vivir.

— Pero ¿ qué pasa ?

— ; Oh ! No es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa, señora,
Teniendo libertad, audacia y oro.
— Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que vi me muestra
Que vos necesitais...

— ¿ Yo ? ; Qué locura !

Gozadla vos, que no la necesito
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque, á fe mia,
Que el asunto es cosa, estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el día.
Oidme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á Don Gonzalo conocias.

— Eso

Bien lo sabeis

— Tenía una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche ;
Mas bebió con exceso,
Y no es extraño que perdiera el seso.

— Pero en fin, ¿ qué es el caso ?
Que me teneis violenta.

— Me habló de vos, y aunque detras de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoquete por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ; ay ! siquiera.
— ¿ Le matasteis ? Don Juan, ¡ sois un malvado !
— Tal vez tengais razon : mas bien mirado,
Como si no le mato, al fin me mata,
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á Don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
— Pues que remedio no hay, Don Juan, par-

[ta mos,

— Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros. •
Y hablando así con gravedad resuelta
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brío sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera :

Posadera. Dios guarde á su merced. ; Her-
[moso dia !
Margarita. ! Él os proteja, maare ! ; Teneis
[hora ?

Posadera. No parece que sois madrugadora.

Margarita. Pues ¿qué hora es?

Posadera. Es casi mediodía.

Margarita. ¿Mediodía!

Posadera. ¿Quereis el desayuno?

Margarita. Sí: mas hacedme la bondad pri-
mero

De decirle la hora al compañero,

Que tiene al sueño á fe bien importuno.

Posadera. Pero ¿de quién habláis?

Margarita. Del caballero

Que ocupa ese otro cuarto.

Posadera. No hay ninguno.

Margarita. ¿Cómo no?

Posadera. El pasajero que ahí habia...

Margarita. Que vino ayer.

Posadera. Con vos.

Margarita. Precisamente.

Posadera. Montó á caballo al despuntar el

Margarita. No puede ser. [dia.

Posadera. Miradlo.

Margarita. ¿Dios clemente,

Partió sin mí!

Posadera. Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

Margarita. ¿Yo? ; Justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento

Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,

Se murmuró la historia comentada

Por el curioso vulgo maldiciente,

Y cuando en sí volvió la desdichada,

Soló encontró á su lado

Un hidalgo que acaso acompañado

De su mujer viajaba,

Quien, viendo su hermosura, condescienda

Guardarla quiso la honra con la vida.

• Póbre jóven, la dijo aquella dama,

Cobrad valor, no os deis tan por perdida.

¿A donde quereis ir? »

Margarita. ¿Dónde, señora?

Saberlo me pluguiera,

Yo iria solamente donde él fuera.

¿Sabeis de él?

La Dama. Quién es él?

Margarita. Ese viajero

Que salió con el alba.

La Dama. ¿Un caballero

Mozo y galan?

El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?

Margarita. El mismo justamente.

La Dama. Es de vuestra familia?

Margarita. ¿De mi familia? No precisamente.

Pero si yo supiera su destino...

La Dama. Dijo que de su casa iba camino.

¿Sabeis su casa vos?

Margarita. Sí, es en Palencia.

La Dama. Hasta Dueñas venid, si os acomoda.

En nuestra compañía, y diligencia

Para que os lleven á Palencia harémos

De la mejor manera que encontremos.

Margarita. ¡Ay, señora, quien quiera

Que seais!...

El Caballero. ; Levantad, por vida mia!

Cualquier noble español lo mismo haria.

Ea, venid, que enganchen y partamos.

La Dama. Enjugad esos lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero

De la infeliz y triste Margarita,

Dejaron al momento la posada,
Emprendio hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tortola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se extravió.
¡Ay! ¿Dónde irá Margarita
En su ciega inexperiencia,
Dónde irá sino á Palencia
Do tal vez está Don Juan?
Porque ¿quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?
Era en el fin de una tarde
De Junio, seca y nublada;
De un convento en la portado
Sobre el gastado escalon
Una mujer se veia,
Como esperando el momento
En que abrierán del convento
El entornado porton.
A traves de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,

Donde no asoma un viviente,
Por más que mira, la faz.
Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Y abrírsele no venia
Dueña, galan, ni doncel.
¿Qué hacia, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita? — Es imposible.
No hay más que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un Don Gil de Alarcon.
¿Serán celos? — ¿Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupa no más
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera? — A tal intento
Propio es el sitio quizás.
Mas nadie llega, y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al léjos el viento,
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.
Y la mujer, sin moverse

Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso,
Siempre mirando al balcón.
¿Quién es? ¿Qué busca? ¿Qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay pobre amante olvidada!
¡Ay infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita
Ni compasión te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcón fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcón no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta más que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él*, por un solo beso,
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios, ni áun fingido,
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arcecia,
Revierta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;

La calle se inunda en agua,
La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita, amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar;
Y al postrarse ante él humilde,
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante coro estaba...
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venía con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentía
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de Don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida

Sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardín,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios, al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y haleguiño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fe bañada
Dijo: «¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa,
Cuyo rostro no veía,
Por una luz que traía
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de **manera**
Margarita se envolvió,
Que aunque de **la** monja incógnita
Los pasos cerca **sentía**,
Ella apenas la **veía**
Hasta que ante **ella** llego.

Pasó á su lado **en** silencio,
Y Margarita, al **mirarla**,

Extrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.

- Será novicia (se dijo),
- Habrá al convento llegado
- Desde que yo le he dejado;
- No puede otra cosa ser.

La monja, en tanto, seguía
Los altares arreglando.
Y la seguía mirando
Margarita por detras;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de extrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba más.

Había cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por doquier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan tenue,
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad:
Sólo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa,
Una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un inefable sueño

Le embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al léjos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores,
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Sólo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento,
Hacia la monja, de amor,
Que á su pesar le arrastraba
A distraerla y pedirle
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fe y religion la da.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto,
Mas sin fuerzas para hablar:

« ¿Qué me quereis? » con acento
Dulcísimo preguntóla

La monja. « ¿Me dejais sola,

Dijo Margarita, así?

— Si no teneis más amparo,

Contestó la religiosa,

En noche tan borrascosa,

Venid al claustro tras mí.

— ¡Oh! imposible!

— Si os importa

Hablar con alguna hermana,

Volved, si gustais, mañana.

— Yo hablára...

— ¿ Con quien ?

— Con vos.

— Decid pues.

— No sé qué empacho...

La voz al hablar me quita...

¿ Cómo os llamais ?

— Margarita.

— ¿ El mismo nombre las dos !

— ¿ Asi os llamáis ?

— Sí, señora,

Y en otro tiempo yo era...

¿ Qué oficio teneis ?

— Tornera.

— ¿ Tornera ! ¿ cuánto tiempo há ?

— Cerca de un año.

— ¿ De un año !

— Diez llevo en este convento,

Y en este mismo momento

Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita

Su misma historia escuchando,

Y el tiempo á solas contando

Que oyó á la monja marcar.

Su mismo nombre tenía,

Y su misma edad, y era

Como ella un año tornera,

Y diez monja... ¿ qué pensar ?

Alzó los ojos por último

Margarita á su semblante,

Y de sí misma delante

Asombrada se encontró;

Que aquella ante quien estaba,

Su mismo rostro llevaba,

Y era ella misma... ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita,
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entónces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así :
• TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AAMPRO,
Y NO TE ABANDONÉ : VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA :
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ •

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando,
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La Reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreía
Que adoraba su santa aparicion.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad :
Y al volver á su celda Margarita,
Volviendo á sus afares de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó ádorarle
Y al vital resplandor de su bujía
A un encontró la imágen de María,
Y sus flores aún sin marchitar,
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
Sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

á

MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA
BAHARINA.

L

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquélla,
Está solitaria y grande,
Aquélla escasa de luces,
Y está escasa de habitantes,
Pues que sólo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe,
Sin duda, el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante,
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,

Dió en la puerta dos seguid
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante,
Al reflejo de una luz,
Y tras esto, desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja : « ¿ Quién llama ? »
Y el que llamó dijo : « ¡ Abre ! »
— ¿ Qué querais ?

— Abre, demonio.
¿ No me conbees ? que baje
Damian por este caballo.
— ¡ Él es ! ¡ Jesucristio valme !
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartad i alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera